

Cuentos Completos
y Relatos Rescatados
(1923-1966)



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2018

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© Herederos de Edgar Neville, 1923-1966

Edición y prólogo de © José María Goicoechea, 2018

Sobrecubierta de © José María Gallego, 2017



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

IBIC: FA

ISBN: 978-84-16968-38-1

Depósito legal: M-8856-2018

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Cuentos Completos
y Relatos Rescatados
(1923-1966)

Edgar Neville

Edición y prólogo de José María Goicoechea



Índice

<i>Prólogo</i>	II
CUENTOS COMPLETOS Y RELATOS RESCATADOS	25
El perdón (1923)	27
La juerga (1923)	31
El hombre que lleva un ataúd (1924)	35
El torero (1925)	39
Cuento de amor (1926)	41
Las señoras del velador (1926)	45
EVA Y ADÁN (1926)	49
Eva y Adán	49
El niño perdido	59
Los Reyes y el Niño	63
El ángel guardián o la ingratitud	67
Instalación	71
La muerte del ogro	75
La pastora y el príncipe	79
Albertina y Benito	83

El día más feliz	87
<i>Lilito</i>	91
Escándalo	95
<i>Oh</i>	99
<i>Clac</i>	103
El acúarium	107
Diego Corrientes	113
El preso	117
La isla del triple amor	123
La conversación	127
La tos ferina	131
Jouvence Chapeaux	133
La lucha	137
El cubista	141
El Carnaval de Don Nuño	145
El viejo aficionado	149
Mediterráneo	153
<i>Pom</i>	155
La mujer maravillosa	167
La alegoría (1927)	179
Los descubridores del Polo (1927)	185
El valle del Eco (1927)	189
El doctor Periquito (1927)	193
Venganza (1927)	197
Pescador y pescadora (1927)	199
El hijo de los Reyes Magos (1928)	203
Niño enfermo (1928)	207

MÚSICA DE FONDO (1936)	209
Los Smith (Novela de Nueva York)	209
Fin	219
<i>Stella Matutina</i> : Cabeza	225
Del jardín de Helesponto	239
Cuentos para locos	245
El tesoro de la abuelita	245
Una vaca y uno de Hacienda	249
Ruperta Sam	253
José María, el hermafrodita	257
La boda de la niña tonta	261
El espejo	263
FRENTE DE MADRID (1941)	265
Frente de Madrid	265
La calle Mayor	311
FAI	331
Don Pedro Hambre	351
Las muchachas de Brunete	365
El dulce peso (1941)	395
TORITO BRAVO (1955)	399
Torito bravo	399
<i>Arturo</i>	415
Cuento de Navidad	421
La Berta y el de Logroño	425
Incidente	429
La virtud recompensada	433
Noche de amor	437

El navegante solitario	441
El Modesto	445
Cuento de Carnaval	449
La trompeta	455
La Bella Durmiente del Bosque	459
Vacaciones	463
Don Tomás y la primavera	467
Un funcionario	471
El académico enamorado	475
Los marcianos	479
Virgiliana	487
Cirilo se va del mundo (1957)	491
EL DÍA MÁS LARGO DE MONSIEUR MARCEL (1965)	499
El día más largo de <i>monsieur</i> Marcel	499
José Sánchez	517
Chun Fu	533
Su único amigo	539
DOS CUENTOS CRUELES (1966)	547
<i>Fräulein</i> Trude	547
Cuento de amor	557

Prólogo

«SIEMPRE RESULTA DIFÍCIL elegir un título para un libro de cuentos, especialmente cuando ninguno de estos ostenta alguno que valga para todos —escribe Edgar Neville en el texto que abre su libro *Música de fondo*, publicado en 1936—. Claro está que se pueden componer con cierta facilidad anteponiendo la palabra ‘cuentos’. Así podemos encontrar algo como *Cuentos sin amor*, *Cuentos fríos*, *Cuentos de domingo lluvioso* y muchos más, pero resulta que en cuanto el público ve en la cubierta de un libro la palabra ‘cuentos’, se abstiene de comprarlo; o, mejor dicho, tampoco lo compra.

»Es, pues, necesario engañar al lector, al posible lector, y hacerle creer que el libro es una novela grande, pues se han señalado en España algunos casos aislados de compradores de novela, y se trata de ver si alguno de ellos se decide a llevarse este libro.

»El otro procedimiento de venderlo es el ponerle el título de libro de cocina: *Las cincuenta maneras de utilizar desperdicios*, *Los platos de Juanita* o *La mayonesa económica*; pero uno se resiste al principio en usar estos medios; y plenamente convencido de que no va a vender casi nada, opta por un título sencillo y que no tenga nada que ver con ninguno de los cuentos interiores».

Escrita hace más de ochenta años, parece una reflexión de hoy mismo... El rechazo a los libros de cuentos; la escasa venta de literatura... No siguió Edgar Neville (Madrid, 1899-1967) esta manera de titular que aquí explica más que en *Música de fondo*, su segundo libro de cuentos que apareció después de *Eva y Adán* (1926), este sí titulado

como uno de los textos del volumen, así como *Frente de Madrid* (1941), *Torito bravo* (1955) o *El día más largo de monsieur Marcel* (1965). Y en el último, de 1966, optó por anteponer «dos cuentos» al adjetivo «cruelles» para nombrarlo. Estos seis libros, en algunos de los cuales el autor retomó textos de los otros, a veces con ligeros o con profundos retoques, componen lo que podemos considerar el cuerpo de sus cuentos completos, pues fueron estos sesenta y seis relatos, y no otros, los que el propio Neville decidió que tenían algo, algo como para figurar en los libros, algo distinto o algo mejor, quién sabe, que el resto de relatos publicados desde 1923 en revistas y periódicos como *Gutiérrez*, *Buen Humor*, *La Gaceta Literaria*, *Ahora*, *El Sol* o *Nuevo Mundo*, hasta antes de la Guerra Civil, o en *ABC* y *Blanco y Negro*, más tarde.

Un libro por década (con el remate de los *Dos cuentos cruelles* aparecido poco antes de su muerte) fue el ritmo de publicación de estos volúmenes, en paralelo siempre a la producción de teatro, cine, novelas y a los centenares de artículos en prensa, además de algo de poesía y unos pinitos que hizo en la pintura en sus últimos años, del prolífico Neville. De manera más clara que en sus trabajos en otras disciplinas, es en los cuentos, me parece, donde las trayectorias vital y artística del autor se reflejan más.

En agosto de 1926, llevaba poco tiempo en las librerías *Eva y Adán* y en la *Revista de las Españas* se decía esto: «Una retahíla [de cuentos], simpaticona, optimista, sencilla y desenfadada; vivo retrato del autor, el atletico y elegante y castizo conde de Berlanga de Duero [...], posesor de ese nombre que rima con vodevil: Edgar Neville». No había cumplido 27 años y el responsable de aquel libro ya era amigo de un también joven Federico García Lorca con quien había asistido al Concurso de Cante Jondo que organizó Manuel de Falla en Granada en 1922, ya había tenido amoríos con cupletistas y actrices, ya había jugado al hockey, ya había estrenado alguna obrita de teatro, con polémica incluida, ya había estado en el Marruecos colonial, ya había pasado por el colegio de El Pilar y por la facultad de Derecho e ingresado en la carrera diplomática, y ya había vivido de niño temporadas en Suiza o en la gran propiedad de su abuelo en Valencia, o en La Granja de San Ildefonso; y ya se había casado con otra aristócrata.

El humor era su seña de identidad, aderezado con unos aires vanguardistas de aspiración transgresora, por un lado, y con una alegría y optimismo indisimulados, con buen rollo, del otro. Desde el principio —se ve también en los relatos que publicaba en las revistas humorísticas de la época, algunos de los cuales están recogidos en esta edición—, aparecen asuntos e ideas a los que volverá en el futuro, con distintos ropajes, en otras ficciones. Neville juega ya en estos inicios con el absurdo: Su Eva y su



Edgar Neville, con Lola Flores y Alfonso de Hohenlohe, en una fiesta de la *jet* de Marbella.

Adán, por ejemplo, hablan con el lenguaje, las formas y el tono de dos jóvenes contemporáneos del momento en el que está escribiendo. (Estos dos personajes bíblicos aparecen en otros tres relatos: «El perdón», de 1923, «Instalación», de 1926, y «Fin», de 1936). El joven culto, vanguardista, cosmopolita y snob proyecta lo mejor de sí mismo en el cuento «La mujer maravillosa»: París, cabarets, ricos latinoamericanos, *name dropping* de escritores exquisitos, relaciones lésbicas...

Más adelante, el casi adulto Edgar viaja a Estados Unidos como diplomático y vive allí una envidiable relación con Hollywood y algunas de sus grandes estrellas. Ya es amigo, en España, de Tono, Enrique Jardiel Poncela, Miguel Mihura o José López Rubio —se llegará a hablar de la «otra Generación del 27»: la de los humoristas frente a la de los poetas—. Sigue escribiendo y publicando en revistas y aparece su segundo libro, *Música de fondo*, en el que incluye «Los Smith», la historia de una familia de negros que viven en el Nueva York de aquel tiempo, fruto, muy probablemente, de sus estancias

americanas, o la serie de microrrelatos «Cuentos para locos», con joyitas del absurdo absoluto como «Una vaca y uno de Hacienda» o «José María, el hermafrodita».

Y llega la Guerra Civil y Neville se pasa al lado de los golpistas aunque le tocará después, ante la dictadura franquista, limpiar su expediente de diplomático de la República (lo cuenta Juan Antonio Ríos Carratalá en *Una arrolladora simpatía*; Ariel, Madrid, 2007). Los cinco relatos que componen, en 1941, *Frente de Madrid* son pura propaganda: jóvenes idealistas miembros de Falange sacrificándose; siniestros rojos



Enseñando el Museo del Prado a Dolores del Río con José López Rubio.

movidos por el resentimiento; desencantados combatientes del lado republicano deseando que gane Franco... Hay, sin embargo, algún apunte que quiere hablar de la reconciliación de los españoles; una mención al *Romancero gitano* del asesinado García Lorca (sin nombrar al poeta, claro). Cuando recupere tres de estos cuentos en los años sesenta, en el que podemos considerar, como en el caso de los discos de los cantantes de pop, su *Grandes éxitos*, *El día más largo de monsieur Marcel* —solo tres de los veintidós relatos que allí aparecen son inéditos—, desaparecen muchas de las menciones a la Falange, quizás en un intento de bajar el apostolado ardiente del primer momento. «Frente de Madrid», el más

propagandístico, no se reeditará más. Le sirvió de base para una película rodada en Italia y estrenada con el mismo título: tuvo que cambiar el final en el que se insinúa una posible reconciliación entre enemigos y aun así recibió severas críticas que le acusaron de tibio.

A lo largo de los años cuarenta y cincuenta, se consolida el Neville cineasta con el estreno de sus mejores películas (*La torre de los siete jorobados*, *La vida en un hilo*,

Domingo de Carnaval, *El crimen de la calle de Bordadores*, *El último caballo...*) y triunfa el dramaturgo (*Alta fidelidad*, *El baile...*). Separado de su primera mujer, la actriz Conchita Montes será su aceptada pareja en una sociedad en la que tenemos que recordar que, entre otras cosas, el divorcio estaba prohibido y el adulterio penado. Edgar Neville escribe en *La Codorniz* y en *ABC*; pertenece al *establishment* cultural y vive muy bien; fue uno de los pioneros moradores habituales de una Costa del Sol que empezaba a convertirse en centro turístico internacional.

En 1955, en lo que podríamos considerar como el cénit de una *edad de oro nevilliana*, sale a la calle *Torito bravo*, veinte cuentos (a los que se le suman una docena de artículos, que no hemos incluido en esta edición), veinte cuentos luminosos, marcados por el humor, en todos los casos, que mantienen una considerable dosis de absurdo y que dejan siempre en el lector un regusto agradable, optimista, alegre. Hay marcianos (a uno le confunden con uno de Logroño...), académicos y tenderos enamorados, padres idiotas y tipos con muy mala suerte, entre otros personajes. En este conjunto de textos, la transgresión pasa a un segundo plano, la sátira es más suave que en aquel primer *Eva y Adán*, pero no desaparece; incluso asoma por algún relato una especie de *Kafka castizo* («Un funcionario», «Los marcianos»).

Edgar el sesentón parece que tiene la intención de dejar sus cuentos ordenados, de establecer un canon. En *El día más largo de monsieur Marcel* hay muestras de toda su carrera de cuentista, menos de *Eva y Adán*. Ya está dicho eso de que parece un *Grandes éxitos*, aunque algunos críticos coetáneos, alabando en general el libro, tacharon de «facilonos» algunos relatos (Melchor Fernández Almagro) y hablaron de «materia muy trillada» respecto a alguna historia (Fernando Díaz Plaja), siempre en referencia a textos recuperados. Pero los relatos nuevos brillan: el que da título a todo el volumen y el que aparece como «José Sánchez». Son más serios, aunque no desaparece el humor, al contrario, es un elemento esencial, pero utilizado de otra manera; el toque Neville aquí



Durante el rodaje de *Domingo de Carnaval* (1945), para cuyas máscaras se inspiró en el pintor José Gutiérrez Solana.



Sacando a hombros el féretro de Ramón Gómez de la Serna en noviembre de 1962.

consiste en poner una cierta distancia entre el narrador y la acción y en cargar las tintas en la maldad (en el caso del imposible *monsieur* Marcel) y la bondad (cuando se trata de José Sánchez y de su acompañante... No contemos más). Además, incluye una versión de un cuento de *Música de fondo*, «Su único amigo», con cambios interesantes, cuyo resultado es un texto más redondo, mejor. (La mayor parte de los cambios introducidos en las sucesivas ediciones de algunos cuentos no tienen mayor trascendencia).

Un obeso y algo enfermo don Edgar, un tanto distanciado de Conchita Montes, se encapricha o enamora de una mujer joven (lo cuenta María Luisa Burguera en su biografía *Edgar Neville. Entre el humor y la nostalgia*; Institució Alfons el Magnanim, Valencia, 1999) que no solo no le corresponde sino que le ningunea. Acostumbrado a ser el centro de atención permanente durante toda su vida, al parecer Neville no se lo tomó bien y sufrió. Un año antes de morir, publica esos *Dos cuentos crueles* que son «*Fräulein Trude*» y «Cuento de amor». Más que «crueles», son oscuros, sobre todo comparados con toda la producción literaria que los precede. En «Cuento de amor», un hombre se enamora de una mujer que no le hace ningún caso y él se pasa de la raya... Tampoco aquí merece la pena contar más, pero sí destacar que



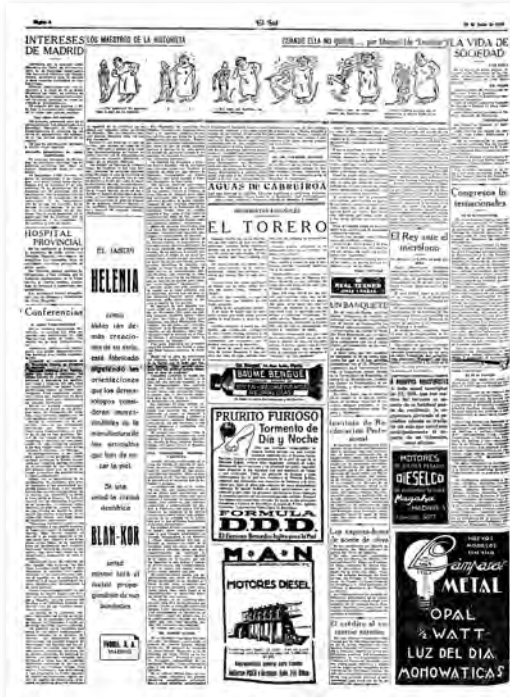
Relatos de Edgar Neville publicados en la revista *Buen Humor*.

el autor, una vez más, traslada su experiencia a la ficción, aquí de manera más directa que nunca, y que al personaje que supuestamente le representa le niega cualquier redención posible.

Entre las notas necrológicas publicadas el 25 de abril de 1967, dos días después de su muerte, Luis Escobar, hombre de teatro y aristócrata y también *bon vivant*, titula su texto con la pregunta: *¿Qué era Edgar Neville?* Y responde con algunas pinceladas: «Ha sido un cínico sentimental, un egoísta abnegado, un epicúreo estoico. Un talento prolífico que ha escrito poco. Un castizo internacional».

Francia, Berlín, Nueva York, el océano, Teruel... Hay diferentes escenarios en estos relatos, pero hay una localización que destaca por encima del resto, porque aparece mucho y porque lo hace con mucho detalle: Madrid. Como en su cine, Neville *pasea* aquí al lector por las calles y barrios de la ciudad, por sus restaurantes, tiendas, locales de diversa actividad. Madrileño de nacimiento y de devoción, retrata y recrea la ciudad siempre que tiene ocasión.

El humor, ya lo hemos mencionado, es una constante en la obra de Neville. Ironiza y satiriza; no se burla (demasiado, al menos); no parodia, aunque a veces caricaturiza. Mezcla la crítica (a los comportamientos mezquinos, los convencionalismos rancios, las actitudes groseras) con la ternura hacia personajes que están en los márgenes (desde un torero por accidente hasta un suicida o un condenado a muerte).



Páginas asabanadas de *El Sol* (18-6-1925), con el cuento «El torero» y de *La Gaceta Literaria* (15-2-1927), con el relato «La alegoría».

«—Clac, decidase, sus años son garantía de acierto —insinuó el Loro.
—¡Que se callen los hebreos! —dijo la Paloma, por la nariz del otro». («Clac»).

Ya se sabe, cuando está el humor de por medio, es fácil que queden ofendidos, enfadados, o algo peor, por el camino. Están avisados...».

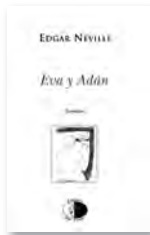
EN ESTA EDICIÓN, los *Cuentos completos* son todos los relatos de los libros publicados en vida de Edgar Neville: *Eva y Adán*, *Música de fondo*, *Frente de Madrid*, *Torito bravo*, *El día más largo de monsieur Marcel* y *Dos cuentos crueles*. Están ordenados cronológicamente y hemos optado por la primera versión cuando se trata de textos aparecidos en diferentes ediciones, salvo en el caso de «Su único amigo» que se publicó por primera vez en 1936 y en una versión creemos que mejorada en 1965.

Hay dos relatos cuyas versiones son lo suficientemente diferentes como para publicar ambas: «El Carnaval de don Nuño» y «Cuento de Carnaval», por una parte, y «El perdón» y «Fin», por la otra.

Hemos prescindido de dos textos de *Eva y Adán* que son críticas de una obra de teatro y de una zarzuela, y de doce artículos incluidos en *Torito bravo* que no tienen nada que ver con la ficción.

Los *Relatos rescatados* son trece, se publicaron en diferentes revistas y periódicos (*Buen Humor, El Sol, Gutiérrez, Nuevo Mundo, La Gaceta Literaria, La Codorniz, Blanco y Negro*) y no fueron incluidos en los libros; los hemos ordenado también cronológicamente.

JOSÉ MARÍA GOICOECHEA



ÉVA Y ADÁN

Imprenta Sur, Málaga. 1926
Libros del Innombrable,
Zaragoza. 2000



MÚSICA DE FONDO

Biblioteca Nueva,
Madrid. 1936

1. Eva y Adán
2. El niño perdido
3. Los Reyes y el Niño
4. El ángel guardián o la ingratitud
5. Instalación
6. La muerte del ogro
7. La pastora y el príncipe
8. Albertina y Benito
9. El día más feliz
10. *Lilito*
11. Escándalo
12. *Oh*
13. *Clac*
14. El acuario
15. Diego Corrientes
16. El preso
17. La isla del triple amor
18. La conversación
19. La tos ferina
20. Jouvence Chapeaux
21. La lucha
22. El cubista
23. El Carnaval de Don Nuño
24. El viejo aficionado
25. Mediterráneo
26. *Pom*
27. La mujer maravillosa

28. Los Smith (Novela de Nueva York)
29. El único amigo
30. Fin
31. *Stella Matutina: Cabeza*
32. Del jardín de Helesponto
CUENTOS PARA LOCOS
33. El tesoro de la abuelita
34. Una vaca y uno de Hacienda
35. Ruperta Sam
36. José María, el hermafrodita
37. La boda de la niña tonta
38. El espejo



FRENTE DE MADRID

Espasa Calpe, Madrid. 1941
Asociación de Libreros de
Lance de Madrid, Madrid.
2013

39. Frente de Madrid
40. La calle Mayor
41. FAI
42. Don Pedro Hambre
43. Las muchachas de Brunete



TORITO BRAVO
José Janés, Barcelona.
1955



**EL DÍA MÁS LARGO
DE MONSIEUR MARCEL**
Afrodísio Aguado,
Madrid. 1965

44. Torito Bravo
45. *Arturo*
46. Cuento de Navidad
47. Los Smith
48. La Berta y el de Logroño
49. Incidente
50. La virtud recompensada
51. El jardín de Helesponto
52. Noche de amor
53. El navegante solitario
54. El modesto
55. Cuento de Carnaval
56. La trompeta
57. La Bella Durmiente del Bosque
58. Cabeza
59. Vacaciones
60. Don Tomás y la primavera
61. Un funcionario
62. El académico enamorado
63. Los marcianos
64. Virgiliana
65. El día más largo de M. Marcel
66. José Sánchez
67. Su único amigo
68. Los Smith
69. Torito bravo
70. *Stella Matutina*
71. Chun Fu
72. La Berta y el de Logroño
73. Los marcianos
74. Incidente
75. *Arturo*
76. El modesto
77. La trompeta
78. La Bella Durmiente del Bosque
79. Vacaciones
80. Don Tomás y la primavera
81. Burocracia
82. El jardín de Helesponto
83. Los primeros días
84. La calle Mayor
85. Don Pedro Hambre
86. Fin



DOS CUENTOS CRUELES
Ángel Caffarena, Málaga.
1966

- 87. *Fräulein Trude*
- 88. Cuento de Amor



RELATOS «RESCATADOS»

- 89. El perdón (revista *Buen Humor*, 25 de noviembre de 1923)
- 90. La juerga (revista *Buen Humor*, 23 de diciembre de 1923)
- 91. El hombre que lleva el ataúd (revista *Buen Humor*, 30 de marzo de 1924)
- 92. El torero (diario *El Sol*, 18 de junio de 1925)
- 93. Cuento de amor (revista *Buen Humor*, 17 de enero de 1926)

- 94. Las señoras del velador (revista *Nuevo Mundo*, 11 de junio de 1926)
- 95. La alegoría (*Gaceta Literaria*, 15 de febrero de 1927)
- 96. Los descubridores del Polo (revista *Nuevo Mundo*, 8 de abril de 1927)
- 97. El valle del Eco (revista *Gutiérrez*, 28 de mayo de 1927)
- 98. El doctor Periquito (revista *Gutiérrez*, 22 de octubre de 1927)
- 99. Venganza (revista *Gutiérrez*, 17 de diciembre de 1927)
- 100. Pescador y pescadora (revista *Gutiérrez*, 24 de diciembre de 1927)
- 101. El hijo de los Reyes Magos (revista *Gutiérrez*, 7 de enero de 1928)
- 102. Niño enfermo (*Gaceta Literaria*, 15 de octubre de 1928)
- 103. El dulce peso (revista *La Codorniz*, 2 de noviembre de 1941)
- 104. Cirilo se va del mundo (revista *Blanco y Negro*, 1 de junio de 1957)

Cuentos Completos y Relatos Rescatados

(1923-1966)



Dibujo de Mingote
para la portada de
un especial de *ABC Cultural*
dedicado a Edgar Neville.

El perdón*



ABÍAN DADO FIN a lo que quedaba de Humanidad los formidables terremotos últimos; todas las ciudades y pueblos habían caído, sepultando a sus moradores; lluvias y tormentas inauditas habían acabado con los labriegos; apenas sí en cada país vivían unos pobres seres, ya agonizantes en su terrible aislamiento.

El doctor Wolf, único habitante de Alemania, lanzó, recogiendo un aparato en buen estado, este último radiograma: «Hombres aún vivos, unámonos como única forma de no morir».

Se recibieron algunas contestaciones.

Nueva York: «Quedamos tres hombres y un negro; trataremos fletar avión e iremos los tres».

Londres: «Necesito saber condiciones viaje; gastos traslado por su cuenta. Tremlet. Aquí quedo yo solo».

París: «Iremos a Berlín».

Sevilla: «Currito y yo nos hemos quedado solos. ¿Hay gracia? —*Pelete*».

Lisboa: «Como único dueño *do* península Ibérica, *non me movo* de mis *posesoes*. —*Castello do Monte Fiero*».

A un segundo mensaje del doctor Wolf no contestó nadie; el más completo silencio se extendía en todas las regiones.

* Publicado en la revista *Buen Humor*, el 25 de noviembre de 1923.

El sabio dudó qué camino emprender: debía alejarse de los restos de la ciudad a causa del hedor irrespirable que reinaba, de tanto cadáver y de tanta cañería rota.

Comprendió que el campo estaba indicado; además, todo había muerto, menos la esperanza de encontrar a alguien aún en el mundo.

Tomó su bicicleta y salió por una carretera hacia el sur. Caminaba el sabio doctor llevando una buena velocidad media, a causa, quizá, de la escasez absoluta de vehículos con que tropezar. Los faldones *jaquette* volaban detrás del sillín como diciendo adiós; su alto sombrero de copa, bien hundido hasta las orejas, resistía el viento que intentaba llevárselo. ¿Para qué? El doctor se había hecho dos dobleces al fin de sus correctos pantalones *de vestir*, y sus botas charoladas de caña negra se acoplaban a maravilla a los pedales.

El mundo estaba sumido en un silencio completo; solo la respiración del hombre errante y algún ruido metálico de su máquina lo turbaban tenuemente.

El doctor atravesaba las ruinas de lo que antes fueran populosas ciudades; una desolación igual había en todas ellas: en ninguna quedaba el menor vestigio de vida.

Ahora seguía una recta al parecer interminable. Ningún indicador quedaba en pie, y en verdad que era inútil, pues el doctor caminaba incansable, por ser la única manera de soportar su soledad. De repente, en la lejanía se percibió un punto movable; con emoción lo escudriñó, y con inmensa alegría se cercioró de que era *alguien* que venía a su encuentro.

El doctor aceleró la marcha; el punto movable también parecía aproximarse más de prisa; solo faltaba un centenar de metros para el encuentro; pero el doctor Wolf no distinguía bien: solo veía una persona, también en bicicleta, que avanzaba hacia él. A corta distancia, no pudo reprimir un grito de alegría: había descubierto en el punto movable una señorita ciclista.

Con un exquisito gesto de cortesía se llevó la mano al sombrero y saludó; mas un falso movimiento de la rueda delantera precipitó al doctor y a la máquina contra la otra. Fue un choque seco: los dos cayeron y se levantaron sin el más leve mal.

—Usted dispense mi torpeza, señorita, ¿le hice a usted daño?

—Nada, absolutamente; fue mía la culpa.

Los dos últimos habitantes del Globo estaban perfectamente educados.

La señorita Mayer, profesora de griego en la Universidad de Múnich, se dirigía a la capital con objeto de adquirir o encontrar ropa de luto, ya que habían muerto todos los suyos. Al enterarse de la magnitud de la catástrofe, rectificó su itinerario.

Dado lo poco concurrido de la Tierra, decidieron caminar juntos hacia el sur y el oriente, por ver si esas regiones se habían librado de las terribles sacudidas. Montaron, pues, de nuevo en bicicleta y emprendieron su largo viaje.

La señorita Mayer a primera vista no agradaba, pero mirada detenidamente repelía; era su fealdad el producto de varias generaciones de gente dedicada a fuertes trabajos intelectuales: su madre había sido doctora en Medicina, y su abuela abogada.

La señorita Mayer no tenía buena salud; apenas había vivido el tiempo suficiente al aire libre para fortalecer sus pulmones. Sus muelas y sus dientes estaban cariados, a causa de que todos sus antecesores se los cuidaban y frotaban con tanto esmero y frecuencia que se los habían debilitado extremadamente.

La señorita Mayer poseía profundos conocimientos literarios. Gracias a eso, su conversación con el doctor Wolf fue muy animada hasta llegar a la frontera de Austria.

Sin embargo, una discusión violenta sobre los simbolistas en los países occidentales agrió su amistad de tal manera que, hasta que llegaron a la frontera de Rusia, marcharon juntos sin dirigirse la palabra, como dos desconocidos que llevasen casualmente la misma dirección.

La amistad se reanudó de nuevo en este país, y por sus desiertas carreteras corría la pareja de los últimos humanos. Era como los que van a perder el tren.

Bordeaban el mar Negro haciendo consideraciones históricas. La señorita Mayer enumeraba todas las desventuras que habían conocido los hombres: plagas, epidemias, guerras, tiranos y músicas italianas.

El doctor asentía y ampliaba con sus conocimientos la lista de las calamidades que habíamos sufrido los mortales.

—En verdad que somos los últimos hijos de Adán y Eva —dijo la señorita Mayer, mientras pedaleaba en una penosa cuesta.

—Somos también, a nuestro modo, Adán y Eva; perdón, señorita: Eva y Adán —contestaba el doctor, arreglándose el nudo de la corbata.

Por fin encontraron un tema muy entretenido de conversación: hablarían de la influencia del arte pagano en el catolicismo.

El tema era divertido; lo había lanzado la gracia femenina de la señorita Mayer.

El doctor lo había recogido, a pesar de considerarlo demasiado frívolo para él: estaba seguro de que nadie lo iba a saber. Hablaba, como los grandes compositores, de los cuplés, y pensaba: «¡Qué conversaciones eligen estas mujeres tan pícaras!», y se reía germánicamente.

La docta pareja marchaba hacia el sur, el Tigris y el Eúfrates, lo que fuera un tiempo Paraíso terrenal.

El doctor Adán Wolf y la señorita Eva Mayer hicieron alto, dejaron sus máquinas junto a una palmera, y se sentaron en el suelo.

Él extrajo de su bolsillo un pequeño volumen, muy ameno en su contenido: *Lo inconsciente, en relación con la sociedad*, y ella, abriendo su neceser de viaje, dedicose a pulirse las uñas.

Distraídos por completo, no vieron cómo se les acercaba un desconocido: iba envuelto en una sábana blanca; una larga y espesa barba canosa circundaba su faz. En las huellas de sus pisadas brotaban flores, margaritas, violetas, amapolas...: era el Padre Eterno.

—¿Quién os ha vestido así? —fueron sus primeras palabras.

Los humanos se levantaron confusos.

—¿Cómo es que estáis fuera del lugar que os reservé? —insistió el Padre.

—Señor —contestó Wolf—, ¡como nos echasteis!...

—Aquello fue una broma. Además, ¡ya recibiríais el perdón y la contraorden!

—No, Padre; no nos dijeron nada...

—¡No es posible! ... ¡Vamos a verlo! —Y dirigiéndose al bosque llamó—: ¡Gabriel! ... —nadie contestaba—. ¡Gabriel! ... ¡Gabriel! ... —gritó más fuerte.

De la espesura apareció, volando con dos recias alas, un nuevo ser; también vestía de blanco, y era sonrosado y de cabello rubio, ensortijado.

Vino la explicación. En efecto, la contraorden perdonando y volviendo a abrir la puerta del Paraíso a Eva y Adán había sido dada y no cumplida por no haberlos podido ya encontrar.

—Es un pequeño contratiempo sin importancia para lo Eterno —arguyó el Padre—. ¡Y la de cosas que habréis hecho en este pequeño paréntesis de unos miles de años...! En fin, que no vuelva a ocurrir —añadió—. Podéis pasar adelante...

El doctor y la señorita alemana montaron en su bicicleta y se encaminaron hacia la puerta. Al llegar allí, Adán Wolf frenó, se quitó la chistera, y dirigiéndose a su compañera, le rogó:

—Usted, primero.

La señorita Mayer y el doctor Wolf se perdieron hacia el interior.

Un ángel portero se había quitado su gorra galoneada a su paso, y la Tierra tenía una eterna y aburrida placidez.

La juerga^{*}

LOS TRES AMIGOS, al venir a la capital desde su pueblo, se reunieron en un café.

—Nos tenemos que correr una juerga esta noche —dijo uno.

—Por supuesto —afirmaron los otros dos—. Vamos a empezarla.

Salieron a la calle; era la primera hora de la noche; la gente iba a los teatros; nadie los miraba.

—Bueno; hay que animarse —dijo uno, y se ladeó el sombrero.

—Compremos unos puros —propuso otro.

Compraron tres puros y los encendieron a los pocos intentos.

—¡Animarse, hombre! —insistió el primero—. Vamos a tomar un taxi.

Tomaron un taxi. La juerga empezaba.

—Tú, súbete en la capota.

Y uno obedeció.

—Vamos por las calles —le dijeron al chófer.

—¡Venga, alegrarse muchachos, que nos vamos a divertir!

Los tres se pusieron de acuerdo con una mirada y comenzaron a tocar palmas.

Ese era el camino de la diversión.

Tocando palmas recorrieron tres veces las principales calles del centro de la ciudad. Uno de ellos, el más travieso, cada tres minutos decía: «¡Viva la alegría!». Y luego

* Publicado en la revista *Buen Humor*, el 23 de diciembre de 1923.

seguía palmoreando. Cuando pasaban junto a un grupo de gente repetían el «¡Viva!» con más fuerza. La gente les miraba poco sorprendida.

—Quitaros los sombreros y despeinaros —aconsejó uno de los tres.

Así lo hicieron, y estaban mejor, más en carácter.

—Compremos gorros de papel.

Uno se lo puso de enfermera, y los otros dos de forma indefinida.

Volvieron a tocar palmas y a pasar por los mismos lugares dando vivas.

Uno inició cante flamenco; pero como era de Lugo, no logró la suficiente atención.

Sin embargo, la juerga se prolongaba, y la gente empezaba a salir de los teatros. Fueron a hendir los grupos de espectadores que llenaban las calles; pasaban entre ellos gritando, dando los vivas, y el de Lugo repitió su intento de cantar.

La gente, ocupada en no dejarse atropellar, en abrocharse el abrigo, o sosteniendo sobre la boca un pañuelo, no reparaba apenas en los juerguistas, y estos gritaban cada vez más.

—¡Vamos a un cabaret!

Y fueron a Fornos. Se sentaron y pidieron vino.

—Jerez o manzanilla —exigieron.

La gente los había mirado al entrar a causa de sus gorros de papel; luego no reparaba en ellos.

—¡Hay que alegrarse! —repetía incesantemente el de Lugo.

Intentaron bailar, pero sin conseguirlo: todas *ellas* estaban ya emparejadas con los amigos de todas las noches.

—¡Viva la ale...! —intentó decir uno de ellos, pero los demás le hicieron callar.

—A mí no me inspira respeto este sitio —protestó el entusiasta—. ¡Viva la alegría!
—gritó.

Nadie hizo caso; apenas le había oído alguien.

El violinista se acercó:

—¿Quieren ustedes algo especial?

—Sí, algo de mi país —dijo el de Lugo.

La orquesta ejecutó algo monótono e imposible de bailar. La gente miraba a los músicos, molesta.

El juerguista dejó un duro en la mano del arco del artista.

—Vámonos a otro sitio —propuso después.

Se levantaron con estrépito; uno tiró una silla y no la recogió.

Salieron a la calle y se metieron en otro cabaret de segunda clase.

—Queremos Jerez y tanguistas —dijeron al camarero. Una botella de Jerez y una tanguista, las dos rubias, les fueron traídas.

—Buenas noches —dijo la tímida jovencita, y se sentó sonriente.

Los tres estaban callados. Uno de ellos rompió el frío.

—¿Cómo te llamas?

—Sofía.

Nuevo silencio.

—¿Has ido por Lugo?

—¿Qué es eso?

Nuevo silencio. Pero media hora después ya habían hecho amistad con ella.

—Oye, ¿me vais a convidar a un café con media? —imploró.

—Pide lo que quieras.

El camarero recibió la orden de llevar un café con media a una mujer enlutada que miraba la sala desde un proscenio.

—Es para mamá —explicó la muchacha.

La mujer enlutada escudriñaba a los tres amigos con una mirada complaciente y agradecida.

—¡Hay que alegrarse! —decía el de Lugo.

El resto de la noche sus palabras y gestos se tornaron en comedidos: se sabían vigilados por la vieja del proscenio.

A las cuatro salieron del local.

—¿Qué hacemos hasta que amanezca?

—Otro taxi —propuso uno.

Se subieron en un auto, los tres en la capota, cantaron, tocaron palmas y dieron vivas.

Y, ya de día, dieron fin a la juerga.

El hombre que lleva un ataúd*

—T IENES QUE LLEVARLO a la calle Alta, al treinta y seis —le había dicho el dueño de la tienda—. Es para don Florencio Sosa. No corre prisa; puedes ir despacio.

El señor Nicanor, no obstante llamarse así, era un hombre de suerte: nunca había visto la zarpa del hambre, ni el peso sudoroso de una enfermedad, ni el agobio de una familia numerosa, ni la desesperación de personas queridas.

Además, le habían declarado inútil para el servicio militar.

Nicanor ni podía quejarse de su sino, ni se quejaba. Aceptaba todo, solo considerando su lado bueno, y era tan feliz en la vida como un gusano en un queso.

Su jovialidad natural no se había alterado jamás, a pesar de que su oficio no era de los más jocosos. Pero trabajo tenía, y reducíase a llevar cajas de muerto a domicilio.

El hombre iba tan tranquilo, sonriente, pensando en algo agradable, su ataúd enfundado, y no pareciendo otra cosa que un ataúd, sin pesarle demasiado en los hombros, y sin notar cómo las gentes, al verle con su cargamento, bajaban los ojos, como las señoras al bordear un evacuatorio.

Ese día su alegría era mayor, lo cual le hacía poner una cara irritantemente regocijada. Iba por la calle con su trasto al hombro y fumando un pitillo.

No tenía prisa, se lo habían dicho; así que convertiría su misión en paseo. Se fue, pues, deteniendo ante todos los escaparates, y entró en varias tiendas a preguntar precios de cosas.

* Publicado en la revista *Buen Humor*, el 30 de marzo de 1924.

Se detuvo en un corro, en donde peroraba un charlatán, y acompañó un rato, llevando el paso, a una charanga militar.

Fue entonces cuando se encontró con su amigo Arturo.

—¡Querido Nicanor!

Se dieron medio abrazo a causa de la caja.

—¿Adónde llevas esto?

—A casa de un cliente, pero no tengo prisa.

—¿Que no se ha muerto todavía?

Fueron a un bar; había que celebrar el encuentro. Al entrar, chocó la caja con la puerta de cristales. Todo el mundo se volvió algo extrañado.

No se sentaron, consumieron en pie las copas, con el ataúd apoyado al mostrador. La conversación no tiene la suficiente importancia para que la recordemos; tampoco la tiene la cara del público del bar.

Arturo iba a la boda de Inés, la hija de un amigo de ambos.

—Acompáñame hasta la casa, y así los felicitas.

—No faltaba más...

Salieron los dos amigos del brazo, y siguieron por las calles con su cargamento hasta la casa de la novia. Cuando llegaron ya estaba toda la comitiva subida en dos inmensos *rippers*¹; fueron acogidos con vivas muestras de entusiasmo. El padre de la novia les abrazó conmovido.

—Os venís a comer a la Bombilla² —dijo.

—Yo tengo que llevar esta caja.

—La llevas luego.

—Que suba, que suba Nicanor —decían los de los coches.

Y Nicanor fue izado en una de ellos. Salieron entre vivas a la novia y gritos de niños.

La caja cabeceaba en el pescante, como esos señores que dicen que no a todo por un tic nervioso.

¡Magnífico recorrido por Madrid, llenando de gritos las calles y curioseando en los entresuelos; y magnífica también la llegada al restaurante, de cuyo interior salían los gargarismos de cristal de un organillo!

¹ Tranvías de tracción animal.

² Parque de la Bombilla, situado en el barrio de Argüelles de Madrid.

—¡Que traigan la paella! —gritaron todos al apoderarse de la mesa, dispuesta en medio del jardín, después de haber dejado los sombreros en el ataúd, colocado en el suelo.

Y mientras el Manzanares cosquilleaba las riberas del merendero, con sus siete litros de agua, Nicanor comía y bebía con la alegría más desbordante.

—¡Que hable, que hable! —dijeron al final de la comida.

Y Nicanor se dispuso a lanzar un discurso encaramado en una silla. Pero alguien le empujó, y se trasladó de sitio para hablar.

—Desde aquí mismo —dijo apartando los sombreros y se subió sobre el ataúd que hizo *clas*.

—¡Señores! —comenzó—. ¡Señores!

Y los vapores del Valdepeñas le pusieron un punto y aparte.

—La vida es alegría... ¡Viva la alegría!

—¡Viva! —contestaron todos.

—¡Que baile! —añadió una voz.

Y Nicanor inició un *taconeo* de tango flamenco.

El fétetro resonaba admirablemente.

—¡Señores! —insistió con esa pesadez de los borrachos y esa predilección por esa palabra.

—El hombre es alegre desde la cuna.

—¡Viva la cuna! —chillaron todos.

Y Nicanor volvió a patalear sobre su pedestal; esta vez eran bulerías.

—¡Olé..., olé..., olé...! —jaleó la boda.

—¡Señores! —volvió a decir Nicanor.

Pero le hicieron sentarse entre un hipo atroz.

—¡A bailar!

Se desgarraron los organillos y la boda se puso a bailar.

Dos mozalbetes golpeaban con dos tenedores la caja, llevando el compás.

Ya era de noche cuando regresaron, y su alegría de vuelta de los toros contrastaba con el aspecto neoyorquino de la ciudad en el anochecer. La caja iba en el pescante como esas majas de papel en los simones verbeneros.

Nicanor se dirigió con paso inseguro a cumplir su encargo; reía y cantaba solo, y el ataúd oscilaba gravemente, buscando con frenesí algún escaparate.

Nicanor llegó a la casa del difunto.

—¿Don Florencio Sosa? —preguntó entre hipos.

El portero le miró torvamente.

—Ha salido —le contestó.

Y Nicanor no acertaba a franquear el portal a causa de la media puerta cerrada.

El torero*

CUANDO CURRITO fue ya un muchacho, se dio cuenta de que era completamente andaluz. Había nacido en Sevilla, en el barrio de la Macarena. No podía ser más castizo. Y Currito decidió ser muy andaluz en todo.

De haber nacido en Bilbao, hubiera sido naviero; si en Galicia, emigrante. Como era sevillano, resolvió ser torero. Era lo más indicado.

—Lo primero que tengo que hacer es hablar con la zeta, cuidar mucho el acento. Decir *Manué* y *Jozú*.

Le fue muy sencillo, ya que se encontró que hablaba así desde pequeño.

«Esto se va arreglando», pensó.

Y se puso de medio lado el sombrero que tenía desde que su padre le dejó fumar y salir de noche.

Currito concurrió a todos los colmados, con la obsesión de hacerse el tipo. Gastó muchas bromas a la gente, y bebió infinidad de chatos de manzanilla. Los camareros, que le habían visto nacer, le sonreían.

El joven se creyó en la obligación de cantar flamenco, y una noche, sin más ni más, estando sentado con los amigos, se arrancó por soleares.

Currito gozaba pensando en la admiración que iba a producir ese gesto tan andaluz. Pero nadie sintió la menor extrañeza, quizás a causa de que el muchacho cantaba soleares desde que iba a la escuela.

* Publicado en el diario *El Sol*, el 18 de junio de 1925.

Comprendió que era preciso tener una novia que se llamara Rocío o Rosarillo, y que, además, tuviese una reja baja en su casa, desbordante de claveles.

Esto fue muy difícil. De las chicas que le hacían caso, una se llamaba Beatriz, dos vivían en segundos pisos, otra tenía por rejas un mirador de cristales y, por fin, la que tenía reja, la adornaba con mimosas y tulipanes holandeses. No sabía cantar flamenco, en cambio, manejaba a la perfección la bandurria, con la que acompañaba los valeses y cuplés de moda.

Currito comprendió que por una novia así jamás podría sacar la navaja y jugarse la vida en su calle contra el primer guapo que la cortejara; temió que, en el caso de caer, le ejecutase en su memoria el foxtrot de La Montería.

Siguió, pues, buscando una novia como el Dios andaluz manda.

Mientras tanto, no descuidaba su afición. Si se le preguntaba cuál era su profesión, respondía sin vacilar: «Torero».

Y no es que fuese a torear ni que buscase contratas, ni siquiera que hubiese ensayado con algún becerro. No, el joven no había toreado nunca; pero era torero. No en vano llevaba chaquetilla corta, sombrero ancho y hablaba con la zeta.

Como la gente creyó que Currito tenía condiciones para el arte taurino, al verle sin torear le creyeron postergado, y comenzaron una campaña encaminada a conseguir que toreade en la plaza de Sevilla.

El empresario fue a proponerle una corrida, pero Currito se opuso. Él era torero, vestía como los toreros y hablaba como los toreros. Lo único que no hacía era torear. Esa era la sola diferencia que había entre él y los otros artistas de esa profesión.

Pero el empeño tenaz de sus paisanos hizo, al fin, que el muchacho aceptase la corrida.

Currito no dudaba saber torear, pues era sevillano y torero.

Llegó el día de la fiesta, y la Plaza se llenó totalmente. Estaban todos los amigos del joven. La expectación era importante.

Pero aquella tarde Currito no salió al ruedo; se acordó de que era andaluz, y se fue al fútbol.

Cuento de amor*

LA SEÑORITA CARMEN MONCLOA acababa de sufrir un pinchazo y por eso yacía en el borde de la calle de Leganitos, apoyada indolentemente sobre su rueda averiada, mientras que de su interior salía una colección de individuos que se desgranaban por la calle.

Dos hombres se acercaron a ella y la observaron por debajo con la mayor desvergüenza; después el número de curiosos fue engrosando y la señorita Carmen Moncloa fue el objeto de la curiosidad pública.

Los dos audaces del principio comenzaron a cosquillearla sin la menor consideración y sin importarles un bledo la gente que la observaba, lo cual hizo crecer el azoramiento de Carmen Moncloa.

Toda colorada, del capot al piloto, veía pasar a sus compañeras que, al verla en esa situación, se limitaban a guiñarle un faro y seguían preparando sin duda chismes que contar por la noche en las reuniones de la cochera.

—¡Hemos visto a Carmen Moncloa rodeada de gente en la calle de Leganitos, estaba dando el espectáculo!...

En realidad, solo le importaban estos líos de las envidiosas por el efecto que pudieran hacer en el espíritu del señor Especial, pues hora es ya que lo digamos todo: Carmen Moncloa estaba perdidamente enamorada del señor Especial.

* Publicado en la revista *Buen Humor*, el 17 de enero de 1926.

Había de qué. Por de pronto Especial era de último modelo, sus faros relucían más que los de cualquier otro coche, sus ballestas le daban una flexibilidad de movimientos que hacía que atravesase las calles peor empedradas con una gracia en el paso rodado, que partía corazones. Además, aunque joven, se había hecho una sólida reputación, pasaban de treinta los atropellos que había realizado, entre los que se podía contar como más hermoso el de un colegio entero de niños, sobre los cuales había pasado desde el primero hasta el sexto año de bachillerato.

Esto le había valido venir retratado en todos los periódicos y revistas de la ciudad y que largos artículos se hubiesen escrito ocupándose de él. Se comprenderá, pues, cómo con estas circunstancias eran naturales las pasiones que había despertado en los tiernos cilindros de sus compañeras de cochera.

Lista Rosales, Atocha Callao y Sol Guindalera bebían los vientos por él. Y se lo demostraban lo mejor que podían a la gran desesperación de Carmen, que como era una muchacha honesta se limitaba a lanzarle miradas de lejos y a enrojecer en su presencia. Mientras que las otras... las otras pasaban y repasaban a su lado y le rozaban con sus aletas y más cosas...

Carmen Moncloa era lo que se llama una señorita, modosita, discreta, tratando siempre de pasar desapercibida y por eso su desesperación de verse rodeada de gente y expuesta a que pasase Especial y sorprendiese a esos hombres hurgándola en los bajos...

Y de repente se oyó por la plaza de España la voz de Especial, una voz alegre, cascabelera, que denunciaba su juventud y buen humor. Y Carmen lo vio venir hacia ella haciendo eses, llegaba de la Bombilla y se conoce que había habido juerga.

No empleemos paliativos, Especial venía armando un escándalo, la bocina, la segunda puesta y el cárter colgando. Corría de un lado a otro de la calle persiguiendo a los transeúntes.

Al pasar junto a Carmen le dio una palmada con una aleta y se alejó alegremente detrás de una vieja que corría calle arriba.

La muchacha se quedó helada, se le paralizó la magneto. Aquella presentación del amado y aquella palmada confiada le habían producido muy mal efecto ¿Por quién le habría tomado? Pero poco a poco el malestar moral fue esfumándose y hasta llegó a sentir un cierto bienestar al recordar la palmada. Mujeres... mujeres... que dicen los cronistas cuando no saben qué decir.

El caso es que poco a poco fue disculpando a Especial de su estado de embriaguez. La Bombilla, el carburador, los amigos..., qué sé yo.

Mientras tanto el neumático había sido reparado, pero los hombres, al intentar poner en marcha, no habían conseguido su objeto; la magneto se negaba a dar la chispa, para lo que es querida, y Carmen se vio condenada a la inmovilidad.

Y el caso es que la expectación no cesaba, los peatones iban relevándose y siempre había un grupo nutrido observando estúpidamente la inmovilidad de la señorita Moncloa. Claro que su curiosidad era la misma que hubieran sentido ante un árbol que hubiera echado a andar.

Aquella situación duró varias horas, durante las cuales la desdichada fue imaginándose el resto de la jornada de su amado Especial.

Se lo figuraba zigzagueante por las calles, expuesto a cualquier atropello, o a ser detenido por la autoridad. Y las suposiciones no terminaban ahí sino que lo veía rodando junto a Lista Rosales por los bulevares, o también conduciendo a una colección de niñas de las colonias escolares.

Los celos le mordían las bujías, cuando de repente oyó una voz conocida a su espalda. No, no se equivocaba, era el señor Especial que llegaba; se detenía junto a ella y le echaba una cuerda con un elegante gesto de galantería. Carmen Moncloa no cabía en sí de gozo, era él, él, ya sano y bueno que venía a buscarla; la palmada había producido también su efecto en el juerguista, en el delicioso juerguista.

Así entraron en la cochera ante la mirada atónita y desesperada de Lista Rosales, Sol Guindalera y Atocha Callao, y desde entonces comenzó el idilio que al cabo de unos meses había de dar como tierno fruto de amor un pequeño Citroën...